

## Un viaje con buenos resultados

REFORZAR las relaciones con el mundo de habla española, mantener con él el principio de comunidad, por encima de cualquier diferencia política, insistir en la vocación de España «de ofrecerse como puente con Europa», según recientes palabras de don Marcelino Oreja, es caminar en el sentido de la Historia. Tal es la moraleja del viaje de don Adolfo Suárez a Venezuela y Cuba, como lo fue la de los precedentes periplos reales a aquellas tierras fraternas.

Los vínculos son profundos e imborrables, pero es conveniente reavivarlos, intensificando los contactos personales y programando intercambios y una cooperación cultural, a tenor de la conciencia comunitaria que tiene su razón de ser en un proceso histórico que todo hace presumir será también de común destino.

Ha vuelto el Presidente del Gobierno muy satisfecho y el propio Fidel Castro no ha ocultado el agrado que le había proporcionado el encuentro con el señor Suárez, con el que se materializa una vieja y mutua aspiración de mantener relaciones plenamente amistosas. Si nuestro anterior régimen, pese a una ideología diametralmente opuesta al castroismo, tuvo el acierto de no romper nunca las relaciones diplomáticas, era oportuno, en esta hora, un acercamiento más cordial que permitiera liquidar cualquier contencioso que se interpusiera en la vía del buen entendimiento.

Las soluciones que se han dado, por lo visto, a las indemnizaciones y a la reagrupación familiar de españoles que desean retornar a su país de origen y sobre todo, aunque fueran pocos, la puesta en libertad de unos compatriotas detenidos en las cárceles cubanas, justifican por sí solo la visita a La Habana. Tratándose de pueblos hermanos, el principio de indiscriminación adoptado por el Gobierno español en materia de relaciones con los Estados americanos se ha impuesto y empieza a dar sus frutos.

Con este mismo espíritu, se anuncian los próximos desplazamientos del Rey a Méjico, Perú y Argentina. El éxito obtenido por el jefe del Gobierno cerca del primer mandatario de Cuba, tendrá que facilitar en Buenos Aires la localización y liberación de los ciudadanos españoles que se han dado por desaparecidos o que sufren prisión. Con lo cual quedará confirmado que la presencia de las máximas representaciones españolas en aquellos países hermanos, sea cual fuera el Gobierno instituido, «refuerza nuestra política de derechos humanos» y acelera la posibilidad de la política de cooperación con Iberoamérica, objetivo básico de la acción exterior española.

## Racionalizar las vacaciones

AHORRA que está a punto de concluir el verano, es momento adecuado para insistir en una necesidad que los periódicos venimos proclamando anualmente y que anualmente es desoída, seguramente porque sindicatos, gremios y asociaciones profesionales tienen cosas más importantes que hacer que escuchar la voz de los ciudadanos. Se trata de las vacaciones. Y concretamente de las vacaciones de establecimientos y profesiones de servicio público, desde el fontanero hasta el médico, desde el farmacéutico hasta el planchista. En efecto, con el amor hacia la alegre y confiada improvisación que caracteriza a los españoles, todo el mundo se ha lanzado en frenético tropel a hacer vacaciones al mismo tiempo, casi unánimemente en agosto, mes en el que, precisamente, es cuando el ocio estival adquiere tonos apocalípticos, dadas las incomodidades inimaginables que en él se conciertan con arte diabólico. En agosto es cuando todo está lleno, todo sudoroso, todo intransitable, casi todo repelente. El desdén irracional hacia esos comedidos y apacibles meses que son junio y septiembre —a julio podemos dejarlo a medio camino— no tiene explicación.

Las consecuencias son ingratas y revelan un grado de insolidaridad en verdad alarmante. Porque no otra cosa es que, volviéndose de espaldas no ya a las conveniencias del público, sino a cuantos el resto del año les dan ocupación y beneficio, profesionales de todo género y condición cierran la «tienda» y conviertan en un castigo bíblico un dolor de muelas, un escape de agua o una avería en el coche. Por no hablar de trastornos más graves, con algunas consecuencias de las que tenemos amplia

## La caridad y la justicia

# Discusión sobre el hambre

DE hecho, el hambre —el hambre fisiológica— había dado de sí, como hipótesis de remedio, un par de conceptos ilustres y de largo alcance en los mecanismos de la civilización occidental: la «caridad», por un lado, y la «revolución», por el otro. Parece, de todos modos, que la caridad va de capa caída: la palabra es púdicamente esquivada por quienes más obligados estaban a mantenerla. La moda consiste en sustituirla por «justicia»: en una «sociedad justa», la caridad, al menos en sus fórmulas primordiales y misericordiosas de «dar de comer al hambriento» y «dar de beber al sediento», resultaría superflua, puesto que, por principio, no habría hambrientos ni sedientos. En cuanto a las revoluciones... ¿Quién pretende de veras hacer alguna, ahora y aquí? Hablan de ello algunos excedentes juveniles generalmente bien alimentados, y casi siempre en el sentido de una toma del poder, tan improbable como vacía de programa. Los partidos clásicos y clasistas le están echando mucha agua al vino tradicional de sus doctrinas: desean mandar, desde luego, aunque no parece que una vez el poder pudiesen lanzarse a operaciones de profundidad en cuanto a lo que hasta hace poco llamaban «cambios de estructuras». Se contentarían con bastante menos.

El problema no es sencillo. No sólo porque, en términos de una evidencia trágica, ahí continúan los países del Tercer Mundo —o como se le quiera designar— forzados a una pobreza paleolítica y a menudo peor, sino también porque hasta en las zonas superindustrializadas perduran amplias y graves «bolsas de miseria», grandes ghettos donde la antigua hambre, la primaria, permanece en pleno vigor. Los especialistas —en economía, en sociología— tocados de pesimismo tienden a afirmar que, tal como está planteado el asunto, las áreas ricas serán cada día más ricas y las pobres cada día más pobres. Si más no, así lo aseguraban antes de la «crisis» actual. Quizá haya que corregir un poco el futuro. La diferencia se mantendrá, casi seguro: sin tanto énfasis, pero se mantendrá. Los ricos no serán tan ricos como se esperaba, pero los pobres difícilmente saldrán de su miseria. La cosa está por ver. Y sea como fuere, la novedad del neocapitalismo —y a esta área me refiero— es que no necesita «pobres». Más bien todo lo contrario: necesita «clientes». Subsistirá el fenómeno de la plus-valía y todo lo demás, cierto. Pero al

sistema le interesa que las multitudes ganen dinero y se lo gasten.

Estamos asistiendo, hoy, a un fallo amargo de esas ilusiones. La «crisis» ha roto la jovial confianza en el «consumo indefinido». Los empresarios se quejan de que no venden, y sus obreros y empleados de que no pueden comprar porque el sueldo no les llega. El número creciente de parados significa un número creciente de abstenciones o de menguas en la adquisición de cosas, empezando por la comida, o terminando por la comida, no importa. Los subsidios para mitigar la inesperada vuelta del «hambre» ayudan ficticiamente a aguantar mal que bien el tinglado: todavía hay un módico dinero destinado a la compra-venta sólo que no es suficiente. Los expertos explican el asunto de manera más sutil, más compleja, más exacta. Con todo, en el fondo se trata de eso: de un círculo vicioso, el mismo de antes, pero basado en el fracaso. La verdad es que, en apariencia, aún no hemos llegado a extremos dolorosos en la «crisis». La gente sigue gastando combustible por las carreteras, sigue llenando los grandes almacenes, sigue divirtiéndose en whiskerías y en discotecas. ¿Cuánta «gente»? Por otro lado, la noción de «hambre» ha sido notoriamente ensanchada por la euforia «consumista», y las angustias presentes se ven incididas por este hecho. ¿Se acuerdan ustedes de los famosos «productos de primera necesidad», que siempre fueron objeto de vigilancias, tasas y cupos?

Cuando hablamos —si es que hay alguien que aún lo hace— de la endiablada «sociedad de consumo», a menudo aludimos a una serie de «consumos» modestos y baratitos y, en particular, «necesarios». El ataque consistía en denunciar la creación de «necesidades ficticias». No digo que no. ¿Pero todas eran ficticias? ¿Lo eran, lo son los electrodomésticos habituales, no imprescindiblemente refinadísimos, con los cuales las amas de casa eludían las servidumbres ancestrales que recaían sobre su esfuerzo muscular y sus horas de vida: lavar la ropa o los platos, cocinar, asear su domicilio, atender a los nenes, distraerse un rato con un transistor o una pequeña pantalla? ¿Es una «necesidad ficticia» disponer de una cualquier calefacción cuando hace frío, salir al monte o a la playa algunos días a desintoxicarse, sentarse en un mueble cómodo, valerse de un utilitario para ir al trabajo o de excursión o a visitar a la suegra? ¿Y los fármacos? ¿Y...? Son las ne-

vas hambres que la tecnología ha despertado, y que exigen satisfacción. De momento, nadie quiere renunciar a nada. No falta el asceta de buena fe. Conozco muchos. Pero lo son hasta cierto punto: usan el ascensor y el teléfono, leen libros, escuchan música insólita, toman grajeas para atenuar su migraña o algo peor, viajan en metro o en autobús, guisan con butano... Nada de eso hacia el hombre de hace cien años, y se las campaba bastante bien. ¿Quién se atrevería a «regresar» a los idílicos tiempos de las tisanes, las tisanas, las tartanas, el hornillo de carbón?

El vecindario, estadísticamente considerado, no quiere volver atrás. Por eso, los venerables partidos revolucionarios occidentales han abandonado sus proyectos revolucionarios, y los curas sólo se atreven con la caridad en la medida en que la conservan como virtud teológica. La caridad, literalmente entendida —pongo por caso— como «dar de comer al hambriento» o «dar de beber al sediento», incluso sin la connotación lastimera de la «limosna», ya no sirve: las «hambres» pendientes van mucho más allá, aunque por desgracia haya reductos donde comer y beber para la estricta nutrición sea todavía una ansiedad dramática. Y no digamos las revoluciones. Aquí todo el mundo se ha apuntado a ser suavemente socialdemócrata o, si se quiere, reformista. La alternativa verdadera de una revolución como Dios manda —ilusoria en los territorios dominado por la OTAN y las multinacionales— comportaría una austeridad que el proletariado no está dispuesto a tolerar. No comparto aquella cruel definición del proletario como «un bourgeois que no a pas reussi». Pero la clase obrera, los trabajadores asalariados, también «tienen su corazóncito», como cantan en la zarzuela: sus «nuevas hambres». De ahí que, en el fondo, predomine el «tradeunionismo» más plácido, a veces bajo la apariencia de un motín, de una huelga salvaje, de una barricada. Ha aumentado, han aumentado sus «hambres», y aspiran a cubrirlas: todas y en seguida.

Y como «hambre» es un arcaísmo prácticamente bíblico, que el mundo poscristiano procura olvidar, ¿cómo meteremos en el panorama aquella otra, «hambre y sed de justicia», que se menciona en el Sermón de la Montaña? «Bienaventurados...» ¿Serán saciados? ¿Cuándo?

Joan FUSTER

## CARTAS DE LOS LECTORES

### EL BARRIO DE LA RIBERA Y SUS CONTRASENTIDOS

Señor Director: Durante más de medio siglo, he podido observar el gran interés de ese magnífico periódico, que siente hacia nuestra querida ciudad; bien denunciando la situación de abandono en que se encuentran algunos barrios, bien exponiendo sugerencias para evitarlo. El día 25 del pasado mes de julio, insertó el acertado escrito y muy bien acogido por el vecindario del barrio de la Ribera, relativo al incomprensible estado en que, debido a la tolerancia de nuestro Ayuntamiento, se encuentra el paseo de Martínez Anido, ilustrado dicho artículo con una bella fotografía de Postius, exponente de la degradación que pesa sobre dicho barrio.

Si tenemos en cuenta que hace unos dos años fueron plantados en dicho paseo unos 35 o 36 hermosos árboles de unos seis o siete metros de altura cada uno y se igualó el pavimento del andén, con tierra, para evitar los charcos que se producían cuando las lluvias y, finalizadas estas operaciones, fueron colocadas en lugar bien visible placas y dos grandes carteles prohibiendo aparcar sobre el mismo (la fotografía citada asimismo lo justifica) a camiones y demás vehículos, entonces, ¿por qué se tolera la destrucción de su pavimento, el derribo de varios de sus árboles recientemente plantados, así como el impedir el acceso al Parque de la Ciudadela por las puertas existentes sobre dicho andén, por estar taponadas por grandes camiones?...

Si recordamos que a finales del año 1976 se realizaron en la calle de Comercio-Plaza Comercial, unas obras consistentes en estrechar las aceras del antiguo mercado del Borne y, asimismo, la calzada de la calle, construyendo en sus laterales unos espacios para aparcamiento de coches, a fin de no impedir la fluidez del tráfico enorme que por dicha ca-

lle ha sido dirigido e impedir el aparcamiento en ella de camiones, cisternas, frigoríficos y demás que venían efectuándolo colocando en sus extremos las correspondientes placas de «Aparcamiento prohibido», lo mismo que en las de Fusina y de Ribera, preguntamos: ¿Para qué efectuar tanto gasto, si luego se consiente su destrucción en unos casos y, en otros, no surten efecto, por tolerancia, las ordenanzas municipales vigentes?...

Todo ello, como lo que viene ocurriendo con el paseo o «Rambleta» del Borne, cuyo andén, desde hace unos dos años, ha sido convertido en «parking» de furgonetas y turismo, no tan sólo impidiendo el paso de peatones por él, sino que, lo más lamentable, es el privar del único espacio libre en que pueden disfrutar de solaz esparcimiento tanto los ancianos como los niños residentes en las angostas callejuelas que circundan dicho paseo, como también la paralización de las obras que, a principios del pasado año, se comenzaron en la reparación del mercado y que sólo se han llevado a cabo en su mitad, dejando la otra en peores condiciones de las que se hallaba cuando se iniciaron.

Jaime MAYMO

### SERVICIOS DE CORREOS

Señor Director: Recientemente publicó su periódico un suelto pregonando las «Mejoras en los servicios de Correos».

Sin querer analizar, ya que carezco de suficientes medios para averiguarlo, la repercusión de las mencionadas mejoras en el reparto de la correspondencia, sí continúo detectando retrasos, justificando los mismos por indicarse en la dirección del destinatario un número equivocado de distrito postal.

Don José María Espasa Civit, jefe provincial de Correos de Barcelona, en atenta carta que dirigió a usted y se publicó en «La Vanguardia» y en esta misma sección el 23 de junio último, informó de las causas que motivaban tales retrasos y en la nota publicada recientemente, y que sin lugar a dudas ha sido facilitada por el propio servicio de Correos, se mencionaba que se había «trabajado para intentar mejorar el servicio a los usuarios. Reciente es la reestructuración de los distritos postales barceloneses que de 17 pasaron a 37...».

Sin lugar a dudas tal reestructuración habrá agilizado los trabajos de reparto, pero ha ocasionado no pocos inconvenientes a los usuarios, inconvenientes que los servicios de Correos hubiesen tenido que tener en cuenta antes de reestructurar, posi-

blemente desde su central de la plaza de la Cibeles.

Los usuarios que más frecuentemente escribimos y recibimos correspondencia, solemos tener papel de cartas y sobres impresos, en los que para facilitar la labor del servicio de Correos, anotamos a continuación del nombre de nuestra población el número del distrito postal correspondiente. Este número es anotado por nuestros amigos, clientes y correspondientes en general en España y en el extranjero, y lo hacen constar en la correspondencia que nos dirigen.

Ahora, por una, y con permiso del señor Espasa, desafortunada reestructuración de los distritos postales de Barcelona llevada a cabo por sus servicios, o nos vemos obligados a rectificar nuestros impresos, lo que no es estético y además no deja de ocasionar unos gastos, o hacemos los impresos nuevos, lo que todavía es más gravoso.

Tengo a la vista los dos planos postales, el de los distritos anteriores y el de los actuales. Concretándome al del 6º que era el mío, veo que se ha subdividido en 6, 21, 22 y 23. A mí concretamente, me ha tocado el 21, y cuando alguien del extranjero anota el 6, que es el que conocía, me expongo a recibir sus cartas con retraso.

Señor Espasa, ¿hubiese sido tan difícil subdividir, en este caso concreto, el distrito postal 6 en: 6-0, 6-1, 6-2 y 6-3? Indudablemente sus funcionarios hubiesen tenido que retener en la memoria que la calle Freixa, por ejemplo, ya no era 6-0 (antiguo 6), pero sí que era el 6-1. Lo que es indudable es que el 6-1 hubiese continuado en la mente de todos como el antiguo distrito postal 6, pero perteneciente a alguna de las partes subdivididas.

Cuando se piensa en reestructuración y reorganización, no hay que olvidar a ninguna de las partes afectadas por la misma. Y en este caso el usuario es una parte muy extraordinariamente afectada por cualquier cambio, que teóricamente pretende beneficiarle, pero prácticamente le perjudica.

Otro absurdo parecido se ha cometido al pintar como buzones, los recipientes callejeros utilizables exclusivamente por el personal de Correos, y que inducen a no pocos equívocos, pérdidas de tiempo y enfados de los usuarios.

Por favor, señor Espasa, agradecemos en lo que vale todo el esfuerzo que ustedes dedican a mejorar los servicios que nos prestan, pero como la buena voluntad no es siempre suficiente para realizar las cosas, quizá sería conveniente que antes de emprender reestructuraciones y reorganizaciones se analizaran éstas debidamente, o se dieran a estudiar a empresas especializadas en estos trabajos y que muy objetivamente calibrarían las ventajas que sus propuestas proporcionarían a una y otra parte.

F. R. R.

### NO HUBO DISCRIMINACION EN LA FIESTA MAYOR DE GUALBA

Señor Director: La Fiesta Mayor de Gualba, que se celebra íntegramente en la plaza del Municipio, se compone básicamente de audiciones de sardanas, baile de tarde-noche y juegos infantiles.

Hace ya cuatro años, que con anterioridad a las fiestas se celebra una recelta en todo el término municipal, en la que contribuyen la casi totalidad de vecinos y veraneantes. De esta forma, todos los festejos son en sistema abierto, participando en ellos toda clase de gentes de cualquier lugar, sin necesidad de pagar ninguna entrada. Por ello consideramos de gran interés la lectura de nuestra carta, por cuanto el ejemplo cundiera en la mayoría de nuestro país, esta secular tradición festiva renacería esplendorosa. Entre nosotros, con esta fórmula libre y natural hemos eliminado el típico cañazo al visitante o la exclusión de cualquiera por el motivo que fuera. Hacemos constar aquí que de esta forma hay una animación como nunca se daba.

Por todo lo expuesto, nos ha dolido mucho, el comentario aparecido en esta misma sección de su periódico.

En Gualba, durante el tiempo estival, la población infantil dobla con creces a la adulta y unos juegos infantiles a plena satisfacción de todos los pequeños durarían varios días. Nos consta que algunos niños del RACC participaron en dichos juegos y alguno ganó noblemente algún trofeo (medallas de plata).

Que en algunas ocasiones hubo que limitar la masiva participación, por el mismo montaje de cada juego (sillas, sacos, etc.), dándose toda clase de explicaciones en cada momento a los mayores y golosinas a los pequeños. Algunos niños del pueblo y de sus veraneantes tampoco tuvieron ocasión de participar en todos los juegos y, naturalmente, la mayoría de los padres comprendieron las dificultades que toda organización de este tipo comporta, incluyendo algunos del RACC. Y evidentemente relacionar unos juegos infantiles con unos beneficios comerciales dudosos, que en cualquier caso siempre la relación es recíproca, no tiene nombre. En donde no hubo autodiscriminación de pequeños ni mayores fue en los bailes de tarde o noche, como se desprende del mismo planteamiento de esta Fiesta Mayor de todos, allí una vez más disfrutamos los de todos lugares y condiciones.

Estamos bien seguros que esta autodiscriminación característica de algunos miembros del RACC irá descendiendo con el aire de hoy.

Pascual OLIVE FCO. Asociación Residentes y Veraneantes San Vicente Gualba de Dalt